

# PEQUEÑAS LETRAS GRANDES HISTORIAS

SEGUNDO CONCURSO



## COMITÉ EDITORIAL:

### ALBERTO SEGOVIA BLUMENKRON

Encargado del Despacho de la Auditoría Superior del Estado de Puebla

### CARLOS IGNACIO MIER BAÑUELOS

Director General del Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de Puebla

## AUTORES

Silvia Molina  
Diego Martín Céspedes  
Eduardo Urbano Cresencio  
Rafael Pérez Navarro  
Erik Sánchez Rosas  
Paulina Cuesta Vargas  
Ricardo Rivera  
Óscar Luis Ramos Hernández  
Alondra Aparicio Domingo  
Ailed Yosvani Camacho Salazar  
Ever Christopher Ramírez Sánchez

## ILUSTRADORES

Mauricio Gómez Morin (portada y p. 26)  
Andrea Alvarado (pp. 4 y 6)  
Isidro R. Esquivel (pp. 8 y 12)  
Daniela Martín del Campo (p. 15)  
Cuauhtémoc Wetzka (p. 19)  
Verena Rodríguez (pp. 25 y 43)  
Jorge Mendoza (pp. 32 y 33)  
Paulina Barraza (p. 39)  
Jess Silva (pp. 46 y 47)

## EDITORIAL

CIDCLI, S.C.

### **Elisa Castellanos**

Coordinación editorial

### **Roxana Deneb y Diego Álvarez**

Diseño y diagramación

### **Paola Aguirre**

Cuidado de la edición

Primera edición, 2019

D.R. © Auditoría Superior del Estado de Puebla 5 sur 1105 col. Centro, Puebla, Puebla

D.R. © Consejo de Ciencia y Tecnología del Estado de Puebla

DISTRIBUCIÓN GRATUITA – PROHIBIDA SU VENTA

# INTRODUCCIÓN

Convencidos del poder de la literatura como medio de transformación social a través de la promoción de los valores en la niñez y juventud poblanas, unimos esfuerzos para presentar el segundo concurso estatal de cuento **Pequeñas letras, grandes historias**.

La Auditoría Superior del Estado de Puebla, en conjunto con el Gobierno del Estado a través del Sistema Estatal DIF y la Secretaría de Educación Pública, nos propusimos incentivar la creación literaria, promoviendo los trabajos de niñas, niños y jóvenes escritores de nuestra entidad, a fin de generar espacios de participación para la comunidad escolar.

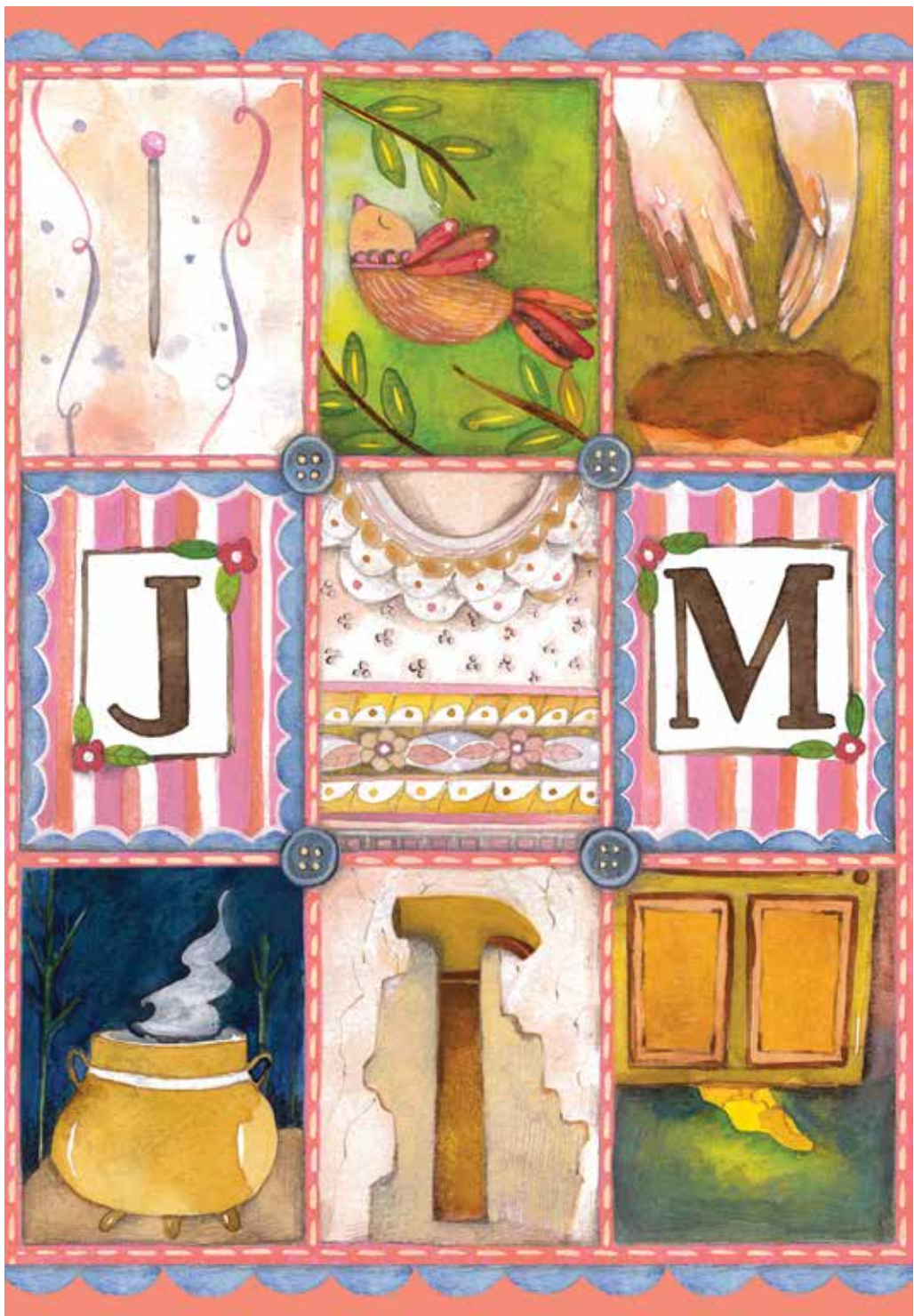
En esta segunda edición, se recibieron un total de 1,264 cuentos, de los cuales 331 fueron escritos en lenguas indígenas.

Las categorías fueron las siguientes:

- Categoría A: 3° y 4° de primaria
- Categoría B: 5° y 6° de primaria
- Categoría C: secundaria

Entusiasmados por el talento, la creatividad y la visión que las y los participantes plasmaron en sus textos, conformamos esta segunda edición del libro con los cuentos finalistas del concurso 2018, con el propósito de transmitir la importancia de los valores como pilares de una sociedad pacífica, honesta y justa; difundir el talento de los escritores a manera de reconocimiento; e incentivar la participación de más niñas, niños y adolescentes en el concurso.

Deseamos que disfruten la lectura de estos cuentos y que, en cada lector, represente una esperanza de construir una mejor Puebla si continuamos trabajando con la niñez y la juventud en la formación de valores y fomentamos en ellos **Pequeñas letras, grandes historias**.



# JUEGO DE MUÑECAS

Por Silvia Molina

A Silvia Verónica

## **Muñeca bíblica**

Y en un principio, el hombre tomó el barro y creó a la muñeca a imagen y semejanza de su hija.

## **Muñeca medieval**

La hija de la Maga Morgana pidió a su madre que las niñas del reino fueran a jugar con ella; y en el acto quedaron convertidas en muñecas.

## **Muñeca renacentista**

La muñeca pertenecía al orden estético de la estatua hasta que su escultor descubrió que para ser perfecta sólo le faltaba hablar y, soberbio, le dio un martillazo en la rodilla.

Más tarde, para remediar su desperfecto, inventó las articulaciones y comprendió que al dotarla de flexibilidad le hacía falta el vestido.

## **Muñeca maléfica**

En el sótano, el desdichado brujo se esmera: la muñeca de trapo ya es casi idéntica a su amante. Sólo falta que le clave un alfiler en el lugar del corazón, aunque no está seguro de que la mujer lo tenga.

## **Muñequitas chinas**

En el libro *La ilusión y las muñecas* del filósofo chino Huang-Cho está referida la historia de la princesa Shikibu:

Una noche, después de un sueño apacible, Shikibu despertó con el recuerdo de una muñeca que no había visto nunca, y su corazón límpido

se estremeció. Al amanecer, su padre, el emperador Ho-Po, hizo llevar al palacio todas las muñecas del imperio, para evitar que la princesa siguiera reflejando en su rostro la palidez de la luna de invierno. Shikibu, asombrada, vio desfilar ante ella muñecas de variados tamaños y formas, de cabellos de seda, de hilos de plata y oro; de caritas de porcelana, del jade más blanco o de papel de arroz. Pero no reconoció en ninguna a la de su sueño y se entregó con tristeza a la contemplación de los cerezos, que le devolvieron, por cada lágrima derramada, una flor.

Antes del anochecer, el aroma del jardín, poblado de arbustos traídos de allende las montañas, hizo que la mente de Shikibu, fresca como el rocío, evocara imágenes reveladoras: vio a una niña sentada en un bosque, bajo las ramas de un sauce, muy cerca de un estanque de peces dorados. La niña protegía a su muñeca del viento de otoño, arrullándola cálidamente entre los brazos. Shikibu reconoció en la muñeca su propia cara, y supo entonces que en su vida pasada había sido la muñeca de la hija del emperador. Recordó también que en los primeros tiempos de su otra existencia había sido honrada con tanto fervor por su dueña, que el Padre de los Sueños le permitió cobrar vida por las noches y albergar en su corazón las notas de una música asombrosamente parecida a la alegría infantil.

La pequeña princesa, preocupada por precisar aún más sus recuerdos, trató a su muñeca con la refinada sabiduría del arte consagrado a ese juego.

Cuenta Huang-Cho que se sucedieron dos inviernos y tres primaveras hasta que cierta noche, entre sueños, Shikibu escuchó por primera vez la voz de su muñeca, tan melodiosa como el trino del ruiseñor.



## **Muñecas rusas**

El zar de todas las rusias ha ordenado que los siervos levanten en los jardines de palacio la gran tienda para el circo: la pequeña zarina cumple cuatro años.

A San Petersburgo han llegado, desde el Valle del Volga, los músicos; y de Ucrania, las bailarinas. Los acróbatas tártaros ensayan sus marmomas cerca de las coníferas; los malabaristas lituanos desempacan los aros y las pelotas, mientras los equilibristas del Cáucaso vigilan la instalación de las redes.

La pequeña zarina no escucha las observaciones de su padre acerca de la diversidad de dialectos y del colorido de los trajes de sus súbditos: quiere dar de comer a los perritos samoyedos, a los osos de los húngaros y a los caballos del Kiev.

A medio día todo está listo, y antes del banquete da comienzo la función. Los invitados se acomodan y los enanos abren el espectáculo. Después, los panderos anuncian al prestidigitador que avanza hacia el zar haciendo una humilde reverencia. Luego pide a la festejada su muñeca. La pequeña se vuelve hacia su madre, quien otorga el permiso.

Suenan los tambores y la niña está a punto de llorar cuando ve a su muñeca aparecer y desaparecer por los aires; pero, maravillada, cuenta: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete matrioshkitas van cayendo sobre la falda de su vestido de organdí.

## **Muñeca de carne y hueso**

La niña se para de puntillas, jala su muñeca del estante y da dos, tres pasos inseguros hasta que pierde el equilibrio y cae.

Sentada sobre la alfombra de su recámara, con la torpeza de su corta edad, empieza a desvestirla: le desprende el delantal, le jalonea la falda, le afloja el calzoncito y aprieta con fuerza el botón de la espalda.

Una cascada de risas, como de bebé recién comido y limpio, brota de la barriguita de la muñeca. La niña comienza a patalear, nada en su propia risa y flota inconsciente en la de su muñeca.

Un torrente de sonidos líquidos y cristalinos se filtra por debajo de la puerta hasta el cuarto de los papás. Ella deja el tejido; él cierra el periódico... se miran, sonríen, y luego cada uno vuelve a lo suyo.





# SOFÍA Y LOS MONSTRUOS DE QUETZALCÓATL

DIEGO MARTÍN CÉSPEDES

Edad: **12 años** Grado: **1°** Grupo: **B**  
Nombre de la escuela: **Colegio Woodcock** Municipio: **Puebla**  
Nombre del docente: **María Dolores Bada Aceña**



Sofía era una mujer inglesa muy curiosa que vivió en una época donde todavía no había celulares, televisiones a color o coches rapidísimos. Eran los años cincuenta.

Sofía estaba por cumplir los veintiún años, y de cumpleaños su esposo le dio un regalo.

—¡Oh, por Dios! —gritó Sofía, sorprendida—. ¡Un viaje a México! ¡Me encanta México!

—Sabía que te gustaría —dijo el hombre cuyo nombre era Adam.

—¡Gracias por este genial regalo, Adam!

—No hay problema, mi mujer hermosa —dijo el hombre haciendo una reverencia.

Zarparon en crucero hasta México, fue un viaje de tres semanas y media, pero llegaron.

Justo cuando salieron del bote, empezaron a hacer turismo: fueron a la pirámide de Cholula, siguieron con las hermosas playas de Veracruz y las impresionantes cabezas colosales; visitaron la pirámide de Xcaret e incluso Acapulco. Pero de todo lo que visitaron fue una ciudad lo que en verdad les encantó: Puebla.

Antes de llegar a Puebla tenían que pasar a Xochimilco a dejar un muñeco en la Isla de los Muñecos, donde escucharon unos susurros:

—Váyanse de aquí y nunca regresen —dijo la voz.

—Esa voz me da escalofríos —dijo Sofía.

—¿Cuál voz? —preguntó Adam.

—Escucha con atención.

—Váyanse de aquí y nunca regresen o sufrirán la maldición de la Serpiente Emplumada —dijo la voz.

—¿Qué es una serpiente emplumada? —preguntó Adam.

—No lo quieres saber, así que mejor vete de una vez si no quieres sufrir las consecuencias —dijo de nuevo la voz.

—Vamos a seguir —dijo Adam—. No te asustes, Sofía, vamos a seguir nuestro camino para poner nuestro muñeco en esa casa.

—Bueno, yo se los advertí —dijo la voz dándole punto final a la conversación.

Llegaron algo asustados a la casa de los muñecos y vieron un muñeco al que le faltaba un ojo y un pie.

Luego el guía se perdió y se dieron cuenta de que caminaban en círculos, y cuando pasaron por el mismo lugar donde estaba el muñeco, éste había desaparecido.

—¿A dónde ha ido ese muñeco tan terrorífico que estaba aquí? —preguntó Adam al guía turístico.

—No lo sé, muchos dicen que los muñecos se mueven solos, pero también es posible que sólo hayan alucinado —dijo el guía.

—Ajá, claro —dijo Sofía, con sarcasmo.

Mientras seguían el recorrido encontraron a...

—¡Oh, por Dios, el muñeco del cuarto anterior! —dijo Adam.

—¿No dijiste que habíamos alucinado?! —preguntó Sofía.

—Pensé que quizás se habían equivocado —dijo, avergonzado, el guía.

De repente, una figura se movió, era robusta y al acercarse más descubrieron que era un conejo, pero no uno normal, sino uno del tamaño de un humano y además tenía unos grandes dientes y unos ojos verdes brillantes.

—Váyanse, por favor, es mi última advertencia —dijo ese ser.

—¡Aggg! —gritó Adam.

—Mi jefe, Quetzalcóatl, se enojará si ve más visitas aquí —dijo el ser.

—Disculpa, ¿quién eres? —preguntó Sofía.

—Soy Tochin, mucho gusto —dijo éste al tiempo que alzaba la mano.

—Aléjate de Sofía.

—Pero no le estoy haciendo nada, sólo quiero advertirles que si siguen aquí Quetzalcóatl se enojará —dijo Tochin—. Los guiaré a la salida.

—No sin poner el muñeco —dijo Sofía.  
—¡Por favor, vuelve! —le gritó Tochin.  
—¿Qué haces, Tochin? —gritó un ser que era como una rana humanoide.  
—Ahora no, Cueyatl —dijo Tochin—. Son más humanos, no paran de venir, no se dan cuenta de que podrían estar jugando con la muerte.  
—No enfrente de ellos, Tochin —dijo una voz femenina que provenía de un pollo con aspecto humanoide, al igual que sus amigos.  
—¡Cuanaca! —gritó Cueyatl—. ¿No estabas con ya sabes quién?  
—Ya terminé el trabajo —dijo Cuanaca.  
—¿Quién es Quetzalcóatl? —preguntó Sofía.  
—Es el dios de la vida, nos creó para servirle, pero hubo muchas guerras así que dejó a los humanos a su suerte por malagradecidos y se escondió aquí. En su honor, cada día dejamos un muñeco colgado —explicó Cuanaca—. Vamos a volver cuando haya paz.  
—Llévenos con él —dijo Sofía.  
—¿Estás loca?! —gritó Adam.  
—Hay que intentar negociar, tal vez así logremos ganar su confianza de nuevo.  
—Bueno, ya qué —dijo Adam, abatido.  
Caminaron hasta llegar a un muro muy raro, Tochin movió un ladrillo y se abrió la pared, todos entraron y observaron un gran trono que sostenía a un gran dios.  
—Sabía que vendrían —dijo Quetzalcóatl.  
—¿Cómo? —preguntó Adam.  
—Él es un dios —dijo Sofía haciendo una risa boba.  
—¡Silencio! —gritó Quetzalcóatl—. Sé que quieren que vuelva para dar mejores épocas, pero para eso se necesita la paz.  
—Lo entendemos.  
—Si encuentran a Quilaztli para que hagamos las paces, tal vez los pueda ayudar.  
—¿En serio? —preguntó Sofía.  
—Sí.  
Y así fue como estuvieron buscando durante meses hasta que subieron al Popocatépetl y la encontraron, le explicaron todo lo que les había

pasado con Quetzalcóatl y ella accedió. Hubo paz por un tiempo hasta que cuatro meses después hubo guerra tras guerra y se fue el apoyo de Quetzalcóatl.

Esta historia nos enseña que los humanos siempre tenemos conflictos, porque no existe la paz completa. Por eso debemos estar alerta para que no nos pase nada. Así, con suerte, sobreviviremos hasta el año 2100.

Cuida a cada persona, todos somos iguales y todos queremos lo mismo: paz. Fin.



# APRENDIENDO UNA LECCIÓN DE VIDA

## EDUARDO URBANO CRESENCIO

Edad: **14 años** Grado: **3°** Grupo: **B**

Nombre de la escuela: **"Nicolás Bravo"** Municipio: **Quecholac**

Nombre del docente: **Jorge Alberto Román Flores Altamirano**



Había una vez un hombre llamado Jacinto, que tenía a su esposa Emilia y a sus tres hijas: Miriam, Martha y Sofía. Jacinto obligaba a sus hijas a trabajar y cuando le desobedecían las golpeaba. Su esposa le tenía que hacer todo: la comida, le lavaba la ropa y lo atendía como él quería. Hasta que un día Emilia, cansada de tanto maltrato, decidió pedir ayuda a un brujo llamado Luis.

En una mañana, cuando el esposo trabajaba fue a visitar al brujo. Éste, al saber la situación en la que se encontraba Emilia, decidió ayudarla inmediatamente. Le dio un control de televisión embrujado y le dijo:

—El día que venga de malas Jacinto y te atormente, dale cerveza o pulque, trata de emborracharlo y cámbiale el control del televisor. Él, confundido, tratará de cambiarle a los canales, no sabiendo que al ser un control embrujado, volverá al pasado ancestral en el cuerpo de una mujer y allí recibirá una lección que no olvidará.

Emilia, al no ver otra opción, decidió aceptar el control del brujo para que su esposo Jacinto ya no las torturara más. Llevó el control a su casa esperando a que su esposo llegara y así pudiera cambiar el control y realizar lo que el hombre de artes oscuras le encomendó. Al poco tiempo, al ver que no llegaba su esposo, comenzó a pensar que Jacinto no regresaría a la casa, cuando de repente lo vio a lo lejos gritando y maldiciendo.

Al ver cómo llegaba Jacinto, empezó a sentir miedo y preocupación por saber que iba a lastimarlas. Emilia corrió al armario donde guardaba el control embrujado que le habían dado para controlar a su esposo.

Repentinamente, Jacinto llegó a la casa cansado y de malas por el día que había tenido en el trabajo; como siempre, gritaba y golpeaba a su esposa Emilia y a sus tres hijas. Miriam, al ver tanto maltrato, decidió irse de la casa, mientras tanto Martha por temor a que su papá le hiciera más daño, decidió quedarse con su mamá Emilia. La única que lo encaró fue Sofía y le dijo:

—Serás mi padre, pero no vuelvas a tocar a mi madre porque te irá mal.

Jacinto se rio y dijo:

—Ninguna mujer me dice qué hacer.

Al instante comenzó a golpear a Sofía. Emilia, espantada por lo que sucedía, decidió correr al refrigerador a traer las cervezas que le había comprado por la tarde para emborracharlo y así lograr calmarlo para que no golpeará más a Sofía.

Jacinto seguía golpeando a Sofía hasta que Emilia le dijo:

—Cálmate, te traigo la cerveza que siempre te ha gustado, pero deja de golpearla.

Él, al ver que su esposa tenía esta actitud, se sintió superior a ella y decidió hacerle caso; se sentía orgulloso de lo que había hecho. Jacinto, sintiéndose superior e imponente, preguntaba en dónde estaba la comida y mandaba traer más cervezas. Decía que para estar tranquilo y controlar su ira necesitaba embriagarse.

Cuando Emilia vio que Jacinto no se emborrachaba con la cerveza, decidió darle pulque para cambiarle el control de la televisión y hacer que se cumpliera el mandato del brujo Luis. Una hora después, el pulque había hecho efecto y Emilia decidió aprovechar el momento en que Jacinto estaba mareado y dormido para cambiar los controles cuidadosamente.

Al poco rato, Jacinto quiso prender el televisor pero el control no funcionaba. Repentinamente, sin saberlo, Jacinto cambió a la era ancestral en el cuerpo de una mujer. Pensó que estaba soñando hasta que un hombre robusto y barbón, llamado Leónidas, lo comenzó a maltratar y a toquetear de una forma muy violenta. Jacinto, al sentirse impotente gritaba y daba de manotazos diciéndole a Leónidas que él era un hombre, a lo que Leónidas contestaba:

—Tú eres una mujer y no me engañarás.



Al ver que el hombre se burlaba de él, decidió correr para alejarse y evitar que le hiciera más daño. Pero Leónidas no se dio por vencido y lo siguió hasta alcanzarlo, lo agarró por la espalda y lo maltrató hasta que quedó contento y satisfecho. Jacinto, cansado y adolorido, lloraba amargamente y maldecía a los cuatro vientos por lo que le había ocurrido, pues razonaba y se percataba de lo que estaba pasando. Se dio cuenta de que en verdad era una mujer y que se encontraba en un tiempo ancestral.

Jacinto se lamentaba y se preguntaba por qué le estaba pasando eso. Maldecía para él mismo, hasta que un duende se le acercó y le dijo:

—Esto es un mandato y un sufrimiento que te has buscado por maltratar a tu esposa y a tus hijas.

Desconsolado, Jacinto le pedía disculpas y le suplicaba que lo perdonara por todo el maltrato físico y psicológico que le había causado a su familia.

El duende, llamado Leo, le decía:

—A mí no me tienes que pedir perdón, sino a tu esposa y a tus hijas.

Jacinto le preguntó a Leo de qué forma podía regresar con ellas para dejar de sufrir y así intentar componer la situación en la que se encontraba, pues ya no aguantaba estar un segundo más en ese cuerpo y tiempo ancestral.

El duende le dijo:

—Irás a tu casa con tu esposa y tus hijas; las tratarás de buena manera y serás formal con ellas; le darás a tu familia la vida que merece pues son buenas personas; tú eres un mal esposo y padre. Tendrás una oportunidad de tratar bien a tu familia, si no lo haces volverás a este lugar infernal y te tratarán como basura. Es tu decisión: cambiar o quedarte aquí.

Jacinto, asustado, decidió hacerle caso al duende.

El duende, al ver el arrepentimiento y sufrimiento de Jacinto, decidió darle una oportunidad. Leo le advirtió que cada vez que se portara mal lo vería en sus sueños y lo traería nuevamente a este lugar. Después, Jacinto despertó como de un largo sueño, y pensó que sólo era una borrachera, por eso decidió seguir como siempre y trató de agredir a su esposa Emilia.

Sin saberlo, alucinó al duende y se espantó. Al poco rato comenzó a disculparse con Emilia y la mandó a buscar a su hija Miriam para pedirle disculpas también por todo lo que había hecho.

Emilia, al darse cuenta del comportamiento de su esposo, pensó que se debía al control del brujo Luis. Fue a buscarlo para agradecerle por el milagro que había hecho.

El brujo Luis, al escuchar las palabras de Emilia, respondió:

—Ninguna mujer debe ser maltratada por un hombre. La mujer es un tesoro al que se debe respetar y como una rosa cultivar. Una mujer puede cambiar tu vida de mil formas, y en todas te regalará una lección.

Desde ese día, Emilia vivió agradecida con el brujo Luis por el favor que le había hecho. Jacinto nunca más volvió a maltratar a su esposa y a sus hijas. Y desde entonces vivieron como una familia normal y feliz.



# HISTORIA DE UN POPOLOCA

## RAFAEL PÉREZ NAVARRO

Edad: **12 años** Grado: **2°** Grupo: **B**

Nombre de la escuela: **“Fray Servando Teresa de Mier”**

Municipio: **Zapotitlán** Nombre del docente: **Gabriela Cortés Sánchez**



Juan vivía en un pueblo llamado Tlacotepec. Era un niño de etnia popolocá, muy travieso, y le encantaba vivir ahí; tenía varios amigos con los que jugaba fútbol en el parque; le gustaba subirse a los árboles a ver el atardecer, y de vez en cuando agarraba unas cuantas botellas de refresco y se escapaba al monte con sus amigos Pablo, Mario y Pedro, donde disfrutaban de un rico manjar de fruta y botana.

Un día, como muchos otros, Juan estaba ayudando a su padre a pasear a los borregos que criaba, hasta que él le dijo que se tenían que mudar.

—Hijo, ¿te gustaría vivir en otro lugar? Uno en donde puedas jugar más, estudiar y conocer nuevas personas —preguntó su papá.

—No, ¿por qué lo dices? —dijo Juan, confundido.

—Pues es que... —contestó con miedo de decirlo.

—¿Pues es que qué? —Juan se empezó a preocupar.

—Nos vamos a tener que mudar, me ofrecieron un trabajo y no lo puedo rechazar. Nos vamos mañana, así que prepara tus cosas —dijo el padre de Juan siendo directo.

Juan estaba triste porque al irse de su pueblo abandonaría a sus amigos y todos los recuerdos que desde pequeño vivió.

A la mañana siguiente se fueron tal y como lo había dicho su papá. El nuevo lugar en el que se establecieron era muy grande y tenía muchas personas, pero a Juan no le gustaba pues decía que nada podría reemplazar el pueblo de Tlacotepec. Pasaron los meses y su papá lo inscribió a la escuela “Miguel Hidalgo”, donde al principio se mostraba tímido y no hablaba con nadie. Pero después conoció a María, una niña

pelirroja, de ojos azules y piel clara. Era muy amable con Juan, y desde que se conocieron se volvió su mejor amiga; se ayudaban a hacer la tarea, almorzaban juntos, hacían trabajos en equipo, y se apoyaban el uno al otro, eran inseparables.

A pesar de ello, sus compañeros no lo respetaban, sobre todo, Ronaldo, el bravucón de la escuela, quien le hacía todo tipo de burlas cada vez que tenía la oportunidad y justificaba sus acciones diciendo que era un indígena popoloca. Y por eso lo apodaron “el niño indio”. Esto deprimía mucho a Juan.

A lo largo del ciclo escolar sus compañeros se aprovechaban de él a toda costa, a tal grado que culparon a Juan por golpear a otro compañero. Sin embargo, no todos dijeron eso, algunos amigos de Juan, cansados del maltrato que sufría, decidieron decir la verdad y señalar al culpable, Ronaldo, quien recibió la sanción que merecía.

Por un tiempo Juan vivió plenamente y bien, sacaba buenas calificaciones, hizo más amigos, se graduó de la secundaria, obtuvo becas por su aprovechamiento escolar, se metió a un equipo de fútbol llamado “Los Guerreros de Puebla”, y María siguió siendo su amiga. Pero algunas cosas nunca cambiaron, Ronaldo seguía siendo el mismo patán de siempre; ya no estudiaba en el mismo colegio que Juan, pero vivían cerca uno del otro.

El equipo de Juan acostumbraba entrenar los sábados en la tarde. Cuando terminaban, María los acompañaba al parque por una pizza, después Marcos los invitaba a ver una película, por lo general, de suspense o de terror. María siempre terminaba abrazando a Juan y, finalmente, cada quien se iba a su casa. Juan ahora ayudaba a su papá a hacer trabajos en computadora, pues él no entendía muy bien cómo funcionaba aquel aparato. El padre de Juan se dedicaba a hacer obras de construcción en granjas de la ciudad y le pagaban muy bien sin importar sus orígenes, lo único que le exigían era un buen trabajo.

Ronaldo también jugaba fútbol y su equipo decidió entrenar en el mismo lugar donde entrenaba el equipo de Juan, lo que provocó que se volvieran a ver. Juan no quería ocasionar ningún problema, pero Ronaldo empezó a ofenderlo y a darle empujones, por lo que el equipo de Juan decidió irse. No sería la única vez que se encontrarían.

Después del incidente, Juan se empezó a preocupar por lo que Ronaldo podía hacer y acudió a sus padres para saber cómo lo podía solucionar. Su equipo le preguntó a Juan la razón por la que tenía problemas con Ronaldo, pero no contestó a la pregunta porque tenía miedo de que lo llamaran indio. Como siempre, María quería ayudar a Juan y le dio algunos consejos por si volvía a ocurrir.



Fue un lunes cuando Ronaldo y sus amigos se atrevieron a ir a la casa de Juan. Al salir de su casa, Ronaldo empezó a golpearlo enfrente de sus amigos y a humillarlo al colocarle un letrero que decía “Ayuden al indio”. Fue el peor día de su vida. Inmediatamente fue a la casa de María, quien decidió hablar con Ronaldo más tarde.

Juan había ido a comprar unas cosas a la tienda, a la vuelta de su casa. Al pasar por el departamento de Ronaldo notó que sus padres le gritaban continuamente. Cuando se dio cuenta del maltrato que sufría decidió hablar con ellos para que dejaran de hacerle daño a su hijo. Ronaldo se conmovió por el acto y sintió mucho aprecio por Juan, pero decidió no decir nada.

María, como antes había sido amiga de Ronaldo, sabía que en su casa lo criticaban mucho y creía que debido a eso su comportamiento era así. María le hizo ver a Ronaldo que sus actos dañaban a otros y aunque le costó aceptarlo, decidió ofrecer una disculpa.

Cuando los integrantes del equipo “Los Guerreros de Puebla” terminaron de jugar, Ronaldo se dirigió a Juan; se notaba un tanto nervioso, con la frente sudando y la voz temblorosa, pero a pesar de ello accedió a ofrecerle disculpas:

—Lo siento, Juan, perdóname por haberme portado mal contigo todos estos años. Sé que lo que me está pasando no es culpa tuya, y ahora comprendo el daño que te he hecho. Estoy muy arrepentido por haberte humillado tantas veces sin razón alguna, sabiendo que también soy del mismo origen que tú. ¿Me disculpas? —dijo Ronaldo, muy apenado.

—Sí, claro que te disculpo, yo nunca te he guardado rencor. Pero ¿qué es lo que te provocaba tanto odio hacia mí? —dijo Juan con gran ternura.

—Yo no te tengo odio, lo que pasa es que mi padre me trata mal y la única forma que encontré para desahogarme fue humillarte.

A partir de ese instante, Juan prometió ayudar a Ronaldo a decirle a su papá lo que sentía y Ronaldo prometió respetar a toda persona sin importar su origen, color de piel o nivel socioeconómico. A María se le ocurrió la idea de crear una campaña de concientización sobre el respeto hacia las etnias, en la cual ayudaría a todos aquellos que no son respetados o no saben respetar. Para recibir tienes que regalar.

# LAS ALDEAS DE VILEZA Y FELONÍA

## ERIK SÁNCHEZ ROSAS

Edad: **12 años** Grado: **2°** Grupo: **C**

Nombre de la escuela: **Secundaria Técnica "Rafaela Caamaño García"**

Municipio: **Puebla** Nombre del docente: **Reyna Lucero Peña Hernández**

En una tarde fría de invierno del año 2040, tres grandes amigos se reunían, como todos los viernes. Ellos vivían en una aldea llamada Vileza, la cual se caracterizaba porque sus habitantes eran demasiado envidiosos y groseros, a excepción de estos amigos que poseían los dones de la bondad y la tolerancia. Estas cualidades hacían que las personas que habitaban en la aldea siempre los atacaran con comentarios horribles y ofensivos. A ellos no les importaba, por el contrario, los alentaba a querer transmitir sus buenos sentimientos a las demás personas, aunque muchas veces sólo ganaran el odio y el desprecio de los aldeanos.

Esa tarde, Ian compartió con sus amigos su inquietud por ayudar a los pobladores más necesitados; estaba seguro de que hacer la limpieza en las casas de sus vecinos, traería un cambio en los habitantes del pueblo, pues se mostrarían agradecidos con ellos (algo que nunca pasaba). Muy asombrado ante su idea, Uriel respondió:

—¡Estás loco! Lo único que conseguiremos con eso es que nos odien y nos exilien. Además, recuerda que Felonía, la aldea enemiga, envía constantemente a personas infiltradas para que vigilen nuestro ambiente.

Alberto, que disfrutaba un rico té de canela, añadió:

—Uriel tiene razón. Ante estas situaciones no podemos arriesgarnos, seguramente nos destierran y nos mandan a Felonía o, en el peor de los casos, nos linchan.

Al día siguiente, un hombre de aspecto muy extraño —que portaba una gabardina negra y unas gafas oscuras de armazón colorido, además de un guante de piel rojo en la mano derecha— dejó caer su cartera sin darse cuenta. Cuando Ian vio esto, le dijo:

—¡Espere! ¡Se le ha caído su cartera!

El sujeto, muy sorprendido, creyó que lo había descubierto, pues era un infiltrado de Felonía. Así que rápidamente el hombre sacó un arma de fuego y, sin dudarlo, le apuntó a Ian. Justo en ese momento, un señor de la tercera edad pasaba frente a ellos caminando con lentitud, y recibió el impacto del arma en el abdomen. El intruso escapó fugazmente. A lo lejos se veía una ambulancia que se aproximaba para llevar al señor al hospital.

Ian había quedado tan pasmado ante tal escena cruel y violenta, que decidió ir en busca de sus amigos para contarles lo que había pasado. Uriel y Alberto no podían creer lo que su amigo les contaba; les daba pánico pensar en la crueldad con la que había actuado el infiltrado contra su amigo, además de las consecuencias que tuvo esa mala acción sobre el pobre hombre a quien, por cierto, el impacto le había ocasionado la muerte.

Durante la noche, los amigos se volvieron a reunir, pero esta vez para llevar a cabo una misión que tenía como objetivo que en ambas aldeas prevaleciera la paz. Uriel les contó que existía un hombre sabio y mágico que podía cumplir cualquier cosa que se le pidiera, el único problema era que vivía en lo más alto de una montaña. Ian dijo que eso no tenía que ser un impedimento, con tal de conseguir la paz entre ambas aldeas y tener la dicha de ver que entre los aldeanos prevalecía la amabilidad y el respeto, él podría dar incluso su propia vida. Entonces Alberto dijo:

—¿Qué estamos esperando? ¡Vámonos a la montaña!

Los tres amigos se dirigieron a la montaña más alta. Mientras tanto, los dos reyes de las aldeas Vileza y Felonía tenían ideas monstruosas para atacarse entre sí. El rey de Vileza planeaba secuestrar a los niños de la aldea contraria, pedir recompensa por ellos, y al final asesinarlos. En cambio, el rey de Felonía quería enviar cuatro serpientes súper venenosas en unas cajas misteriosas para que los habitantes de Vileza murieran de envenenamiento. Ambas eran ideas demasiado crueles pero, ¿qué se podía esperar de dos reyes dominados por el odio? Lo que nadie sabía era que ellos compartían lazos de sangre, eran hermanos.

Camino a la montaña, Ian y sus amigos se encontraron a una mujer muy bella vestida de blanco y con una voz sumamente angelical. Se acercaron a ella y le preguntaron:

—¿Quién eres y por qué estás en un lugar como éste?

A lo que ella amablemente respondió:

—Me llamo Ira y poseo el don de controlar a todos los animales y humanos. Acá vivo porque disfruto jugar con todos estos seres.

Ian, muy sorprendido, le dijo:

—Pero eso que tú estás haciendo no es jugar con ellos, tú los hipnotizas y haces que hagan cosas que no son buenas.

Alberto, impresionado, intervino:

—¡Dime cuándo has visto a un león pelear con un gorila!

La mujer, muy arrogante, contestó:

—Mira, niño, eso a ti no te importa. Es mi don y con él yo decido qué hacer.

Los tres estaban discutiendo cuando Uriel gritó:

—¡Ya basta! ¿Acaso a ti, mujer, te gustaría que alguien te controlara y te pusiera a pelear con alguien que no te ha hecho nada?

La mujer se quedó sorprendida ante el cuestionamiento y, bastante apenada, le respondió:

—Tienes razón, nadie había cuestionado mis acciones. Es demasiado cruel lo que hago con los hermosos animales y, sobre todo, con las personas. Por favor, perdónenme por haber sido tan egoísta y grosera con ustedes, prometo no volver a hacerlo —y conmovida, les preguntó—: ¿Hay algo en que les pueda ayudar?

Más tranquilo, Ian le dio las gracias y comentó que por ahora no necesitaban de su ayuda y que valoraba, al igual que sus amigos, que ella hubiera recapacitado para ser una mejor persona. Los tres jóvenes se despidieron, no sin antes decirle:

—Muy pronto nos volveremos a ver, pero ahora llevamos prisa pues tenemos una misión que cumplir. Fue un gusto conocerte.

Ian y sus amigos siguieron su camino.

Cuando por fin llegaron a la punta de la montaña más alta, se encontraron con un hombre de aproximadamente noventa años. Llevaba una vestimenta misteriosa, algo así como una túnica blanca con

destellos dorados que formaban pequeñas constelaciones, y tenía una barba tan blanca como las nubes que había en el cielo. El hombre los miró fijamente mientras se colocaba sus anteojos y al mismo tiempo les dijo:

—¿En qué los puedo ayudar, Ian, Uriel y Alberto?

Los tres chicos se asombraron al darse cuenta de que el viejo sabía sus nombres, se quedaron pasmados pero rápidamente fueron directo al grano y le dijeron:

—Necesitamos de tu ayuda. Queremos que en las aldeas Vileza y Felonía prevalezca la paz y que los aldeanos aprendan a convivir entre ellos, que sean respetuosos y se apoyen mutuamente.

El hombre, muy tranquilo, les contestó:

—Las personas de ambas aldeas poseen un buen corazón y son tan bondadosas como ustedes, sólo que la guerra ha ocasionado que olviden su valor como personas.

El viejo hizo una pequeña seña con su mano para que los chicos se sentaran en una enorme roca que estaba a un lado de ellos. Prosiguió diciendo:

—Ian, ¿recuerdas al hombre que te salvó la vida? Ahí tienes la respuesta a tu pregunta. Pero bueno, viendo que ustedes han demostrado valentía y coraje por salvar a las aldeas, los ayudaré proporcionándoles este escrito que contiene los bellos y memorables recuerdos de los hermanos.

Muy sorprendidos y con el corazón latiendo a mil por hora, los niños escucharon al hombre cuando les decía en un tono inquietante:

—¡Apresúrense! Los reyes están a punto de cometer las peores atrocidades que jamás hubieran imaginado. ¡Rápido, vayan a su aldea!

Cuando los amigos llegaron a la aldea, la crueldad ya se estaba haciendo presente, los secuestradores ya habían llegado y las cuatro serpientes ya se encontraban liberadas. Ian y sus amigos se tomaron de las manos y empezaron a llorar, pero justo en ese momento el anciano se comunicó con ellos telepáticamente y les dijo:

—Busquen a Ira y pídanle ayuda.

La mujer, sin pensarlo dos veces, los auxilió y haciendo uso de su don, logró detener a los secuestradores y desapareció a las cuatro serpientes.



Todos los habitantes de las dos aldeas habían quedado hipnotizados, menos los dos reyes que, al mismo tiempo, se preguntaron:

—¿Qué sucede con nuestros aldeanos? ¿Por qué están hipnotizados?

Los amigos aparecieron para entregarles a ambos el manuscrito que les había dado el viejo. Los reyes se pusieron a leer y sintieron tanta nostalgia al hacerlo, que sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas conmoviendo a los amigos y a Ira. En dicho manuscrito se encontraban los buenos tiempos, aquellos donde se veía reflejado el amor por sus padres, el amor entre ellos, así como los mejores recuerdos de su niñez.

El rey de Vileza abrazó fuertemente a su hermano y le dijo:

—¡Oh, hermano! ¿En qué momento nos dejamos llevar por nuestro egoísmo y dejamos que la envidia se apoderara de nuestro corazón? ¡Cuánto daño nos hemos hecho tú y yo al igual que a nuestros aldeanos! Al leer esto he vuelto a recordar la grandiosa hermandad que existía entre nosotros.

El rey de Felonía lloraba inconsolablemente y, como pudo, respondió:

—Tienes razón, mi hermano, es una lástima cómo hemos desperdiciado nuestra vida en medio de tanta maldad. En memoria de nuestros padres, a partir de hoy, las aldeas Vileza y Felonía serán una sola y prevalecerá la igualdad entre ambas.

Así fue como los grandes amigos lograron detener una guerra que había empezado desde hacía muchos años. Sus virtudes habían dado como resultado cumplir con su misión y, en recompensa, los reyes les dieron el honor de elegir el nombre de la nueva aldea. Ellos, sin dudarlo, respondieron:

—Se llamará “La Aldea de la Paz”.

A lo lejos se escucharon los aplausos de los aldeanos.





# UNA SARDINA ENAMORADIZA

## PAULINA CUESTA VARGAS

Edad: **13 años** Grado: **2°** Grupo: **A** Nombre de la escuela: **Instituto Mexicano Madero Plantel Zavaleta** Municipio: **San Andrés Cholula**  
Nombre del docente: **Guillermina Márquez Carreón**

Érase una vez en el fondo del océano Pacífico, un banco de sardinas que vivían muy felices y despreocupadas. Estas sardinas eran conocidas alrededor de todo el océano por ser muy ingenuas; seguían la misma rutina todos los días ya que no sabían hacer algo diferente.

Ellas sabían que llegaba, cada dos o tres semanas, un barco de pescadores. Este barco soltaba unas redes gigantescas que se llevaban a cientos de sus amigas sardinas, las cuales nunca regresaban.

Aun así, parecía que no les importase, ellas continuaban con su rutina. Pero dentro de todo el banco de sardinas, había una especial llamada Jaime. Él pasaba el tiempo observando a sus amigas y había decidido que no estaba de acuerdo con su comportamiento. Jaime siempre tenía una forma de pensar diferente a la de los demás. Él quería arriesgarse, experimentar y aventurarse. Quería salir de su hogar aunque ninguna sardina lo hubiera hecho antes; quería conocer a otros peces y dejar a un lado su aburrida forma de vivir.

Jaime lo pensó por días y días hasta que tomó el suficiente valor y le dijo a su madre:

—Me voy de casa, madre. Estoy harto de intentar parecerme a las demás sardinas y he decidido que jamás podré ser como ellas. Espero verte cuando regrese, si es que regreso. Nos vemos pronto, te extrañaré.

Cuando escuchó esto, la madre de Jaime se quedó boquiabierta sin saber qué decir. Lo único que pudo hacer fue ver a lo lejos a su pequeña sardina alejándose del hogar.

Conforme Jaime avanzaba por el camino, comenzó a sentir mucha emoción por hacer algo diferente, por conocer nuevas cosas y, sobre

todo, a nuevos peces, por lo tanto se adentró en la profunda oscuridad del enorme océano.

Jaime quiso voltear para ver por última vez su hogar pero no lo pudo divisar, se había perdido tanto en pensamientos que sin darse cuenta se había alejado demasiado como para poder verlo. Ahí fue cuando sintió miedo. Miedo por nunca llegar a ningún lado y perderse en esa oscuridad, miedo a perderse y a no saber regresar, y miedo porque tal vez al llegar a donde sea que fuera, tal vez nada sería como él se lo había imaginado por tanto tiempo. Con todos esos pensamientos rondando por su cabeza decidió que lo mejor sería calmarse y esperar a que la suerte y el tiempo decidieran qué sería de su vida después.

Jaime viajó por horas que se convirtieron en días. Cada vez que perdía la esperanza, se calmaba y se decía a sí mismo:

—No te preocupes, todo esto valdrá la pena dentro de poco. Todo estará mejor.

De vez en cuando, recordaba alguna canción que fuera de su agrado y comenzaba a cantarla en el tono más alto que podía porque, al fin y al cabo, no había nadie alrededor que pudiera escucharlo y opinar sobre su gracioso canto.

Un buen día, entre sus ruidosas melodías, Jaime escuchó dos voces peculiares que sonaban molestas, al parecer estaban discutiendo. Vio enfrente de él a un gran pez globo discutiendo con una humilde mantarraya porque ella lo había golpeado por accidente sin saber a dónde iba.

Jaime calló por un momento sus cánticos porque quería ayudarlos, pero lo distrajo una silueta a lo lejos. Fue cuando vio lo que tanto había ansiado, era un pequeño arrecife. Al darse cuenta de esto, Jaime apresuró el paso. Cuando llegó estuvo muy feliz de por fin ver a muchos peces juntos sonriendo.

Todos eran más grandes que él, pero esto no lo detuvo y siguió avanzando en busca de algún pez que pudiera orientarlo. Jaime se adentró en la multitud y vio a un pequeño cangrejo que tenía una apariencia amigable, entonces decidió pedirle ayuda:

—Hola, ¿te molesto? —dijo Jaime con la voz más amable que pudo hacer. Pero el cangrejo le dio la espalda indiferente.

Al ver esto, un caballito de mar se acercó a Jaime y le dijo:

—Disculpa al cangrejo, como verás es un tanto amargado y no le gusta mucho la gente que no conoce —suspiró y siguió—: Mi nombre es Amanda y a mi parecer eres nuevo en el arrecife, ¿necesitas ayuda?

Jaime contestó:

—Hola, Amanda, me llamo Jaime y, sí, soy nuevo por aquí. Acabo de llegar de un largo viaje y sólo necesito un poco de información.

—En ese caso, bienvenido seas a este pequeño arrecife, Jaime, yo te puedo ayudar en todo lo que gustes por el momento —dijo Amanda con una voz feliz. A esto Jaime respondió:

—Ése es un acto muy amable de tu parte, pero sólo necesito saber dónde puedo pasar la noche.

—Yo conozco una humilde y acogedora posada que pienso que será de tu agrado, te aseguro que te sentirás como en casa.

Amanda guio a Jaime hasta el otro extremo del arrecife con un pintoresco aspecto y olores distintos y encantadores que Jaime jamás se pudo haber imaginado.

Jaime dejó todas sus pertenencias en su habitación y se recostó un momento sonriendo por lo feliz que había sido su llegada, mejor de lo que se había imaginado. Reconoció que sin la aparición de Amanda toda esa transición hubiera sido muy difícil.

En ese momento decidió que sería buena idea invitarla a cenar para demostrarle, de todo corazón, su gran agradecimiento por su amabilidad y por hacer realidad un sueño que había tenido desde siempre.

Esa misma noche salieron a cenar a un lugar muy sofisticado y elegante, el cual Jaime jamás se habría podido imaginar. Durante la cena, ambos se veían muy contentos y satisfechos por estar el uno con el otro y, sin darse cuenta, se estaban enamorando.

Justo antes del postre, Amanda se acercó a Jaime y le confesó muy sonrojada:

—Creo que eres la sardina más linda que he visto.

Jaime, muy apenado, pero emocionado en el interior dijo:

—Yo nunca he conocido a un caballito de mar como tú.

Desde entonces, Jaime y Amanda salieron todos los días y se hicieron la pareja más dulce, tierna y menos aburrida de todo el arrecife. Ellos vivieron felices para siempre. Fin.

# ENTRE CUATRO MIL Y CINCO MIL PESOS

RICARDO RIVERA

Edad: **13 años** Grado: **2°** Grupo: **A**

Nombre de la escuela: **Ignacio Zaragoza** Municipio: **San Pedro Cholula**

Nombre del docente: **Minerva Sabino Vidal**

En un pueblo lejano vivía Gabriel, quien todavía dependía de sus padres. Gabriel le había pedido prestados cinco mil pesos a don Pedro, el hombre más rico del pueblo. Él le había dado un plazo de cuatro semanas para que le devolviera su dinero y el plazo se terminaba hoy. Sin embargo, Gabriel apenas había podido juntar quinientos pesos. Mientras caminaba por la plaza pensando en cómo conseguiría el dinero restante para poder pagar, se encontró a don Pedro:

—Gabriel —dijo con voz de sorpresa—, qué bien que te encuentro para que me devuelvas mi dinero.

—Don Pedro, es que... es que... —dijo asustado— todavía no he logrado conseguir todo su dinero.

—A mí no me importa —le respondió muy enojado—. Hoy se acaba el plazo para que me pagues.

—Le pido, por favor, que me espere otros dos días —suplicó Gabriel.

—No te puedo esperar tanto tiempo, tienes hasta mañana a las doce para pagarme. Si no te encuentro mañana aquí en la plaza con mi dinero, les diré a tus papás del préstamo y le quitaré el terreno a tu papá.

—No haga eso. Ese terreno es lo único que tiene mi familia. Yo le prometo que mañana estaré aquí de nuevo con su dinero.

Don Pedro se dio la vuelta y mientras se alejaba, gritó con voz burlona:

—¡Hasta mañana!

Gabriel regresó a su casa muy preocupado y pálido. No quiso cenar y se fue a dormir más temprano de lo normal. Mientras estaba acostado se acordó de que sus padres tenían cuatro mil quinientos pesos en una caja bajo su cama, así que esperó a que se durmieran sus papás, pero

se le fue el tiempo y se quedó dormido él también. Cuando se despertó eran las cinco de la mañana, sus padres se despertaban a las cinco y media, sin importar el día. Gabriel se levantó y se dirigió al cuarto de sus papás. Rápido encontró la caja y sacó todo el dinero que tenía. Cuando Gabriel estaba a punto de salir, se tropezó con una mesa que estaba al lado de la puerta y despertó a sus padres.

—¿Qué haces aquí? —preguntó su mamá.

—Vine a despertarlos —respondió Gabriel.

—Pero todavía no es hora para levantarse.

—Es que no había visto mi reloj y por eso me iba a volver a dormir —explicó Gabriel, asustado.

—Está bien, ya vete a dormir —dijo la mamá mientras cerraba los ojos nuevamente.

Al día siguiente todo transcurría normal. Gabriel, después de desayunar, salió de la casa para ir a la plaza. Cuando llegó, don Pedro ya lo estaba esperando:

—¿Ahora sí ya tienes mi dinero? —preguntó, mientras Gabriel se acercaba.

—¡Sí! Aquí lo traigo completito —respondió.

Cuando se encontraron uno frente al otro, Gabriel sacó los cinco mil pesos y se los entregó a don Pedro, quien lo empezó a contar.

—Aquí me falta dinero —dijo.

—No, ya le di los cinco mil pesos del préstamo.

—Pero me falta lo del día que te esperé más —replicó don Pedro, con voz molesta.

—¿Y cuánto es?

—Doscientos pesos.

—Está bien —dijo Gabriel—, con tal de ya no deberle dinero. Pero me tendrá que esperar unas horas más.

—Pues ya qué —objetó don Pedro.

Cuando iba de regreso a su casa, encontró a su mamá llorando y preocupada. Al preguntarle el motivo de su llanto, ella le explicó que a su papá le había dado un infarto y que ya estaba en el hospital.

Rápidamente se dirigieron al único hospital del pueblo. Cuando llegaron, el doctor que había atendido al papá de Gabriel les dijo:

—El señor necesita una medicina. El problema es que ya no hay en el hospital.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntaron Gabriel y su mamá.

—Lo único que pueden hacer es comprar la medicina, pero déjenme decirles que cuesta entre cuatro mil quinientos y cinco mil pesos —les respondió el doctor.

—No hay problema, tu papá y yo tenemos ahorrados cuatro mil quinientos pesos y aquí tengo quinientos más —explicó la mamá a Gabriel—. Voy a casa por el dinero y después paso a comprar la medicina, para que se ponga bien tu papá.

Al ver el gesto de su mamá, Gabriel la detuvo y, con lágrimas en los ojos, le contó lo acontecido esa madrugada cuando lo sorprendieron en su cuarto. Le explicó que él había tomado ese dinero.

—¿Y como para qué necesitabas ese dinero? —preguntó la mamá llorando y enojada.

—Desde hace cuatro semanas le pedí cinco mil pesos a don Pedro para comprarme este celular y tuve que agarrar el dinero que estaba en la caja para pagarle.





Al ser cuestionado, Gabriel continuó explicando que nunca les había dicho del préstamo por miedo a que lo reprendieran. Su mamá lo escuchaba atentamente, cuando de repente lo interrumpió para decirle que tenía una idea para conseguir el dinero para la medicina. Lo tomó de la mano y le dijo:

—Sígueme...

Salieron del hospital y se dirigieron a casa de don Pedro. Sorprendido, Gabriel preguntó:

—¿Qué hacemos aquí?

Su mamá le explicó que pedirían a don Pedro el dinero que les hacía falta y que Gabriel lo tendría que pagar trabajando. Gabriel respondió:

—¡Asumiré mi responsabilidad!

Para pagarle a don Pedro, Gabriel tuvo que trabajar ayudándole al dueño de una tienda. Al final, Gabriel pagó su deuda y a su papá lo dieron de alta después de una semana.



# HUMANOS VS ANIMANOS

## ÓSCAR LUIS RAMOS HERNÁNDEZ

Edad: **14 años** Grado: **3°** Grupo: **B**

Nombre de la escuela: **Emma López Díaz**

Municipio: **Puebla** Nombre del docente: **María Guadalupe Meza Martínez**

Hace muchos años, a mediados del siglo XL, existieron dos civilizaciones: una era conocida como Nazguac, y la otra era Inosfera. Ambas civilizaciones eran enemigas y cada día tenían guerras. La razón de esas guerras era el dominio de una gema que poseía la civilización Nazguac (humanos). Los humanos guardaban esa gema por las cosas que brindaba a la tecnología y a la alta energía para toda su civilización.

El gobernante de Nazguac se llamaba Ken Braco, mientras que el gobernante de Inosfera se llamaba Betserus. Ellos dos eran rivales y en cada encuentro entre las civilizaciones ellos peleaban solos. Cada parte de sus peleas era épica, porque mientras Braco usaba tecnología de punta para atacar y defenderse, Betserus era letal y veloz. Sin embargo, no importaba cuántas veces pelearan, los Animanos siempre perdían.

En una de las búsquedas globales que Braco hacía cada fin de semana, se dio cuenta de que una de las piezas importantes de su armadura se había perdido. Sin ella, él no podía saber dónde estaba, así que se dedicó a buscar su pieza en todo el lugar. Buscó tan lejos que llegó a una especie de jungla solitaria que parecía que nadie había habitado nunca. Continuó con su búsqueda hasta que empezó a escuchar muchos ruidos extraños. Entonces comenzó a activar su mecanismo de defensa esperando lo peor. En eso, miró un arbusto que se movía y apareció Betserus, quien quería atacar a Braco.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Braco.

A lo que Betserus respondió:

—Vengo a mi exploración semanal, busco materiales importantes.

—Yo vengo a lo mismo exactamente, pero perdí el mapa que me guiaba hacia la civilización y lo estoy buscando.

Betserus reflexionó la situación y decidió mostrarle algo a Braco de forma siniestra.

—¿Acaso hablas de... esta pieza?

Braco, sorprendido, asintió con la cabeza. Intentó tomar la pieza pero Besterus quitó su mano y decidió hacer tratos con Braco.

—Mira, Braco, mi gente está pasando hambre y miseria, y necesitamos de ese cristal para poder subsistir y continuar con la civilización de generación en generación, como dicen las profecías del antiguo Inosferiano.

Braco comprendió su situación, pero algo no le quedaba claro.

—Betserus, comprendo tu situación, pero no me has dicho claramente por qué quieres ese cristal. Yo personalmente he visitado tu civilización y la veo en muy buenas condiciones. Sé que puede ser bastante ilógico y repentino, pero no te puedo brindar la protección de ese cristal. En lo personal, no tiene lógica que quieras un artefacto que se basa en la química y en la tecnología para comer.

—Mi gente y yo sabemos que no hay lógica, pero es que no lo entiendes, nunca has entendido, nosotros necesitamos ese cristal para...

Braco interrumpió y dijo con mucha furia:

—¡Ya estoy cansado! ¿Quieres el cristal? Pues tendrás que ganarlo.

Braco le lanzó un ataque a Betserus pero éste alcanzó a quitarse y empezaron a pelear. En uno de los ataques mortales de Betserus, Braco, al no querer sufrir el impacto, le lanzó una bomba que creó una celda automática para Betserus. Desafortunadamente, los dos quedaron atrapados y no encontraban solución alguna para escapar.



Pasaron dos días enteros y ninguno quería hablarse para formar un plan de escape. Braco empezó a reflexionar más a detalle acerca de por qué estaban peleando las civilizaciones, cómo habían llegado a eso y cuál era la verdadera razón por la que ellos necesitaban el cristal. Así que se armó de valor y le preguntó a Betserus:

—¿Por qué hacemos esto?

—Pelear entre nosotros está en nuestra sangre —respondió Betserus.

—¿Por qué?

—Toda esta guerra fue creada por nuestros tatarabuelos —suspiró Betserus—. Antes mi tribu era la que tenía el dominio sobre el cristal. Ustedes lo necesitaban más que nosotros, pero no sabían cómo pedir las cosas amablemente y empezaron a invadir nuestro territorio. Por supuesto que mi tatarabuelo supo reaccionar y tomar medidas. Pero lo único que no sabía era ganar, y cuando perdimos la guerra, ustedes se quedaron el cristal.

—Pero no me has dicho para qué sirve ese cristal exactamente. Quiero saber para qué existe y para qué funciona.

—Mira, nosotros necesitamos ese cristal para...

En ese momento se escuchó una misteriosa explosión y uno de los escombros cayó en la celda haciendo que Braco y Betserus quedaran libres y salieran a investigar dónde se había originado la explosión. Cuando llegaron al lugar, Braco se dio cuenta de que estaba más cerca de la civilización de lo que imaginaba, pero observó que estaban otra vez en batalla contra los inosferos. Besterus reaccionó también y fue a dirigir la batalla hasta el amanecer, aunque perdieron de nuevo.

Pasaron dos años de esa plática y de la pelea, hasta que las dos civilizaciones se hartaron y se empezaron a atacar de nuevo. Braco se enfrentó a Betserus, esta vez a muerte. Ambos habían cumplido cuarenta años de edad pero habían entrenado aún más sus técnicas para poder acabarse el uno al otro. Pelearon en la jungla para que nadie interfiriera.

Braco lanzó el primer golpe y Betserus lo esquivó. Entonces él dio el segundo ataque e igualmente Braco lo esquivó y lanzó más. Esa pelea había durado en total un día completo, hasta que Braco no pudo más y fácilmente se rindió. Betserus, al experimentar la victoria, se sentó al lado de Braco. Braco, con voz muy débil, hizo una pregunta:

—Je, je, je, hace mucho que no peleábamos así. Nunca pudiste aclarar mi duda.

—¿Qué duda? —contestó Betserus.

—¿Para qué sirve el cristal?

Bestserus, con un sentimiento de liberación, le aclaró todo a Braco:

—Nunca me dejaste aclarar esa duda, ja, ja... el cristal era para... unificar nuestras civilizaciones, para que animanos convivieran en paz con los humanos. La profecía dice que en el momento en que el gobernador de la civilización que posea el cristal se entere de esto y muera, un alma antigua de la civilización contraria tomará el cristal y lo pondrá justo en medio de las dos civilizaciones. A los habitantes los armonizará con simpatía para que más adelante prosperen todos en paz.

Luego de escuchar estas palabras, Braco se puso a pensar y dijo:

—Perdón por las molestias.

—No, perdón por no decir la verdad.

—Estuvimos peleando durante años por algo tan sencillo de resolver que al recordar todo lo sucedido es notorio que no valió la pena.

—Tienes razón. Esperemos que nuestros tataranietos no se enteren de este conflicto y de lo inconscientes que fuimos al querer pelear.

—Yo no escuché y no quería escuchar.

—Yo no dije la verdad y nunca di orden de paz a mi civilización.

—Qué bobos fuimos, ja, ja, ja.

—Sí, ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja.

Ambos fueron a un lugar más tranquilo. Mientras, las dos civilizaciones todavía peleaban. En el centro aterrizó un alma encapuchada para tomar el cristal y ponerlo justo donde aterrizó: entre ambas civilizaciones. Los guerreros se quedaron sin habla y lo único que pudieron hacer fue observar cómo ambas civilizaciones se fusionaban y cómo todos se empezaban a llenar de armonía y simpatía, para que, finalmente, humanos y animanos convivieran en paz y tranquilidad durante el resto de su vida. Los encargados de cuidar a las civilizaciones fueron Thomas Braco y Taderus, nadie volvió a pelear nunca.

# MIRAR LAS ESTRELLAS

## ALONDRA APARICIO DOMINGO

Edad: **13 años** Grado: **2°** Grupo: **A**

Nombre de la escuela: **Telesecundaria "20 de Noviembre"**

Municipio: **Eloxochitlán** Nombre del docente: **Miriam Herrera Romero**

Nunca creí que al mirar las estrellas me iba a sentir como siempre había querido, pues al mirarlas siento como si nada existiera, como si olvidara todos los problemas y no tuviera el menor de los sufrimientos.

Me acuerdo de un día en el que estaba viendo las estrellas, pensando sobre mis problemas, cuando mi hermano mayor se acercó a mí y me dijo con una voz de profunda tristeza:

—Todo va a estar bien, estoy aquí contigo.

Al escuchar esto, sentí como si algo dentro de mí se rompiera. Traté de contener las lágrimas, quise que no se diera cuenta de lo que estaba sintiendo en ese momento, así que le contesté:

—No entiendo, ¿cómo?

Él sólo me dio un fuerte abrazo que realmente necesitaba. No pude aguantarme las ganas de llorar y él me susurró al oído:

—Te quiero mucho.

Esas palabras eran las que necesitaba escuchar para no sentir que el mundo se me caía encima.

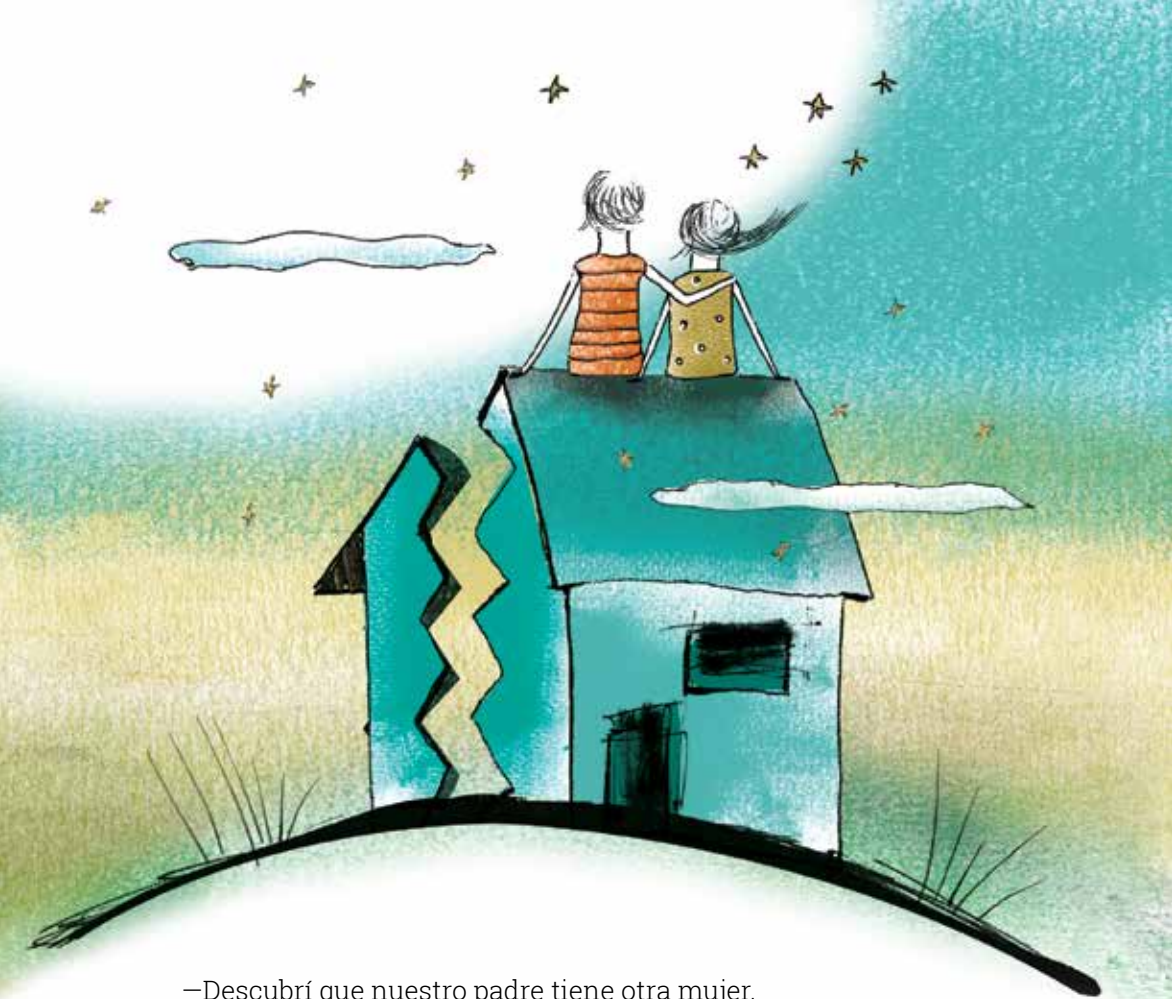
En ese momento no quería decirle lo que tenía pero la lealtad que nos habíamos prometido estaba de por medio, así que le dije:

—No estoy bien. Guardo un secreto que me hace daño, pero tampoco quiero hacerles daño a ustedes diciéndoles lo que sé.

Él me dio un consejo:

—Es mejor decir la verdad por más dura que parezca. No está bien tratar de aparentar algo que no eres.

Al escucharlo entendí lo importante que es decir la verdad, así que hice lo que era correcto y le dije:



—Descubrí que nuestro padre tiene otra mujer.  
Él me preguntó por qué estaba diciendo eso y le expliqué cómo me había enterado:

—El otro día escuché a nuestro padre hablando por teléfono con otra mujer, de una manera en la que se notaba que no eran simples amigos y cuando se dio cuenta de que lo escuchaba se dio la vuelta y me miró a los ojos sin decir nada.

Al decirle a mi hermano vi cómo sus ojos comenzaban a humedecerse, así que dejé de hablar y sólo nos abrazamos, pero él me dijo:

—Continúa, estoy bien, no te preocupes.

Decidí continuar:

—Cuando miré a los ojos a nuestro padre, observé que estaba nervioso, como si lo hubiera encontrado haciendo algo malo. De inmediato

me di cuenta de que era su amante y él en lugar de decirme algo se dio la vuelta e hizo como si yo no estuviera ahí. En ese momento llegó a mí una ola de terribles sentimientos como tristeza, enojo, decepción y frustración. ¿Por qué mi padre tuvo que haber hecho algo así?

Después de haber hablado con mi hermano pensé mucho en lo que iba a hacer. Primero quería guardar el secreto como mi padre me lo había pedido, pero después recordé lo que mi hermano me había dicho. Tomé la decisión de decirle a mi mamá lo que había descubierto. Cuando todavía no le había dicho nada, me sentía como si la estuviera traicionando y eso me hacía sentir muy mal, tanto que para evitar verla a los ojos, trataba de estar el menor tiempo posible en la casa. Con el paso de los días, la relación entre mi madre y yo comenzaba a ser más distante. Me acerqué a ella y, tristemente, le conté lo que sabía. Ella mostró una actitud muy madura, se notaba que le lastimaba lo que decía pero en todo momento dijo que estaríamos bien.

Realmente aún no sé si hice lo mejor pues escuchar a mis padres discutir fue muy desagradable, y fue muy triste ver cómo mi familia se esfumaba. Creo que ellos hicieron lo mejor para nosotros, ya que llegaron a un acuerdo: mi padre nos daría pensión alimenticia y mi madre nos cuidaría. Fue un acuerdo considerado y justo, al menos así lo fue para mí.

En los momentos en que estaba muy triste, mirar las estrellas me daba tranquilidad y paz, porque tan sólo verlas me desconectaba de este mundo. Hay que entender que la vida no es fácil y nadie dijo que lo fuera.

Todo lo que he vivido me inspiró para ser lo que soy ahora y para tener una profesión que ayuda a las personas a salir de situaciones difíciles como en la que estuve. También tengo que agradecerle a mi padre, porque aunque en su momento no hizo lo correcto, él me apoyó en mi carrera de psicóloga, al igual que mi madre. Ella para mí siempre ha sido un ejemplo a seguir, es una mujer muy admirable que nunca se deja caer y siempre sigue adelante. Mi hermano me enseñó que los valores como la lealtad y la honestidad son fundamentales para todo ser humano.



# AMISTAD INCONDICIONAL

## AILED YOSUANI CAMACHO SALAZAR

Edad: **14 años** Grado: **3°** Grupo: **A**

Nombre de la escuela: **Colegio "Santa María"** Municipio: **Acatzingo**

Nombre del docente: **Hortencia Galicia Juárez**

Estoy rodeada de casas, al parecer es un pueblo muy pequeño pero acogedor y bonito. No sé lo que hago aquí, así que empezaré a recorrer la calle en la que me encuentro.

Conforme doy un paso al frente, me doy cuenta de que el lugar es contemporáneo, las calles aún son de piedra y las casas tienen un toque rústico y encantador. En eso me doy cuenta de que hay alguien más en la calle en la que me encuentro. Es una chica que al verme huye de mí, así que corro tan velozmente que logro alcanzarla.

Al tomarla del brazo noto que es una chica encantadora: ojos azules, cabello castaño, una piel cálida y dulce; no muestra sentimiento alguno, no parece ser alguien que tenga amigos, entonces sin pensarlo, le comienzo a hablar:

—Hola, ¿qué tal?

—Hola.

—¿Me mostrarías el lugar? Es que al parecer me perdí.

—¡Claro!

Me da la espalda y comienza a caminar.

Mientras caminamos, la tensión entre nosotros aumenta a cada paso por el hecho de no conocernos, así que decido tomar la iniciativa para entablar una conversación:

—¿Llevas tiempo viviendo aquí?

—Toda mi vida.

—Has de conocer bien el lugar.

—Sí, conozco cada parte de él.

—¿Cómo te llamas?

Lo dudó un poco.

—Mmm... Renata

—Vaya, bonito nombre. Mi nombre es Frida.

—Gracias. Igual el tuyo es muy bonito.

—¿A dónde vamos, Renata?

—Iremos al lugar más bonito del pueblo. Confía en mí.

Pienso por un momento que es una total desconocida, pero aun así acepto.

—¡Claro que confío!

Seguimos caminando hasta llegar a un extremo del pueblo. Ahí hay unos hermosos árboles que nos dan la bienvenida, y al adentrarnos me encuentro fascinada con lo que veo. Frente a mí hay una imponente pero majestuosa cascada.

—Hemos llegado. ¿Qué te parece? —dijo Renata.

—Renata, esto es bellísimo, es el lugar más bonito que he visto.

—Eres la primera persona a la que se lo muestro. Esta cascada es muy especial para mí; cada que estoy triste vengo aquí y trato de imaginar que es mágica.

—¿En serio? ¿Qué tipo de magia? —pregunto.

—Una en donde si lanzas una piedra, te dará un deseo.

—¿Puedo intentarlo?

—¡Por supuesto!

Tomo una piedra del suelo y pido mi deseo.

—¿Qué has pedido?

—Que tú y yo seamos grandes amigas.

—¿En serio? Pensé que nunca lo dirías.

Ninguna de las dos imaginó que estas pequeñas, pero importantes frases crearían un lazo muy fuerte de amistad. Renata y yo nos convertimos en personas inseparables. Sin embargo, un día mientras nos columpiábamos, tuvimos nuestra primera pelea. Renata se enfadó porque no me gustaba el mismo color que a ella.

—Renata, entiende que ese color no me agrada.

—Pero somos mejores amigas y nos debe gustar lo mismo.

—No, ¡claro que no! No siempre tiene que ser así.

—Bueno, entonces ya no te hablaré más.

Traté de detenerla pero se dio la vuelta y se fue. Desde aquel día, las tardes en el pueblo no fueron las mismas, todo se puso triste y agotador porque no había con quien pasar el rato.

Sentada en una banqueta estuve pensando y tomé el valor de ir a hablar con Renata. Me puse a caminar por las calles y después de un tiempo, logré encontrarla.

La llamé. Ella trató de evadirme, pero la detuve.

—¿Qué quieres, Frida?

—Sólo quiero arreglar las cosas contigo, porque a pesar de nuestras diferencias debes entender que no todos pensamos de la misma manera. Podemos ser amigas aún con nuestras diferencias en gustos y en formas de pensar, porque lo que nos une es el gran lazo de amistad que creamos al principio y porque nadie podrá eliminar el cariño que te tengo. Tienes que entender que en la vida tenemos que aceptar a las personas aunque no tengan los mismos pensamientos y gustos que los tuyos. ¿Okey?

—No lo había pensado así. Tienes razón, es egoísta de mi parte no pensar en la opinión de los demás. Gracias por habérmelo hecho entender.

—Me alegra que lo hayas entendido; ahora las cosas están mejor entre nosotras.

—Claro, y perdón por lo dicho.

En ese momento me abrazó y me susurró al oído:

—Espero que volvamos a encontrarnos.

—¿Encontrarnos? ¿A dónde irás?

En ese instante desperté y me di cuenta de que todo había sido un sueño. Pero gracias a él, entendí lo que verdaderamente significa la amistad.



# TITO, EL HONESTO, Y EL SEÑOR BURRO

EVER CHRISTOPHER RAMÍREZ SÁNCHEZ

Edad: **12 años** Grado: **1°** Grupo: **A**

Nombre de la escuela: **Secundaria Técnica no. 50.** Municipio: **Puebla**

Nombre del docente: **María del Rosario Martínez Olivares**

Había una vez, en un lugar muy lejano en el que había dos hermosas montañas por las que corría un enorme río con agua clara, un bello pueblito llamado Perrimoso.

En Perrimoso vivían todo tipo de perritos, grandes, pequeños, de cualquier color y de toda raza. Se vivía en armonía y cada uno de los habitantes se distinguía por algún valor: don Rulin era muy respetuoso, doña Chely muy amistosa, y don Mateo trataba a todos por igual. Cada familia enseñaba de generación en generación el valor con el que eran reconocidos y de esta forma abuelos, padres, hermanos, hijos y nietos vivían con valores. Algunos aprendían más rápido que otros pero cada perrito era educado en casa, en la escuela y en la calle, con valores. A cada pequeño se le enseñaba la importancia del respeto, la honestidad, la igualdad y la amistad. Había un lema que los ancianos enseñaban a los jóvenes: “si vivimos con valores, siempre seremos mejores”.

Cleo se distinguía por su honestidad, tenía una pequeña tienda, siempre que veía que alguien olvidaba algo se lo devolvía y si le daban de más en el cambio de la tienda lo regresaba. Ella trataba de enseñar con el ejemplo el valor que sus padres le heredaron: la honestidad. De esa manera quería educar a su pequeño, un perrito de manchas negras que se llamaba Tito. Tito era un poco rebelde, le costaba vivir con valores y le gustaba tomar lo que no era suyo.

Un día, en la escuela a la que asistía Tito, su compañera Coco, la generosa, olvidó su estuche. Tito lo recogió y lo guardó, al llegar a su casa decidió revisar qué tenía. Vio varias cosas que le gustaron, las sacó del estuche y las guardó en su cajón.

Al otro día, en la escuela, Tito le devolvió el estuche a Coco, éste le agradeció y le dijo que era tan honesto como su mamá Cleo. Pero al abrir su estuche, Coco notó que le faltaban algunas cosas, aunque no imaginó que Tito las hubiera tomado, después de todo él le había devuelto su estuche, no tenía por qué pensar mal de su compañero.

Otro día, Tito se dio cuenta de que a doña Margarita, la responsable, se le había caído una moneda. Él rápidamente levantó la moneda, la guardó, saludó a doña Margarita y corrió a su casa. Doña Margarita quedó extrañada ya que ella sí se dio cuenta de que se le había caído su moneda, y al ver que Tito la levantó pensó que se la devolvería, no imaginó que él se seguiría de frente.

Sucedió que Coco, le contó lo que pasó a su mamá doña Petra, la bondadosa. Ella decidió ir a casa de doña Cleo mientras los pequeños estaban en la escuela y le agradeció que Tito le devolviera el estuche, también le comentó que faltaban algunas cosas pero que eso no era de importancia, lo importante era que Tito ya estaba aprendiendo a ser honesto.

Al irse doña Petra, llegó doña Margarita a casa de Cleo, le contó que a ella se le cayó una moneda, que ella vio que Tito la recogió, la guardó, la saludó y siguió caminando sin devolverle la moneda. Muy apenada, Cleo ofreció una disculpa a doña Margarita prometiendo que hablaría con Tito para aclarar lo sucedido.

En cuanto Tito llegó de la escuela, doña Cleo le contó que doña Petra y doña Margarita le habían comentado lo sucedido con el estuche y la moneda. No había empezado a contarle todo, cuando Tito ya repetía:

—Yo no fui, yo no fui, qué señoras tan mentirosas.

Fue entonces que doña Cleo se dio cuenta de que Tito era culpable, que él había tomado las cosas del estuche y que también se había quedado con la moneda.

Habló con Tito para explicarle que era importante ser honesto y respetuoso de las cosas que no eran suyas, que debía esforzarse para aprender y vivir con valores. Parecía que a Tito no le importaba mucho lo que doña Cleo le decía, quien muy molesta le dijo:

—Si continúas siendo deshonesto, vendrá el burro y te llevará en un gran costal lejos de casa, porque el burro se lleva a los que no tienen valores —le dijo, se dio la vuelta y lo dejó en su cuarto.

Al otro día Tito volvía de la escuela, cuando de pronto escuchó el rebuzno de un burro. Primero pensó que había escuchado mal, pero al volver a oír el rebuzno, buscó de dónde venía y se escondió en un árbol desde donde se dio cuenta de que había un burro frente a la casa de Pepita, la pacífica, su compañera y amiga. El burro cargaba un enorme costal que se veía pesado. Tito recordó lo que le había dicho su mamá y corrió a su casa, se asustó, dejó su mochila en la sala, subió a su cuarto y desde la ventana vio que el burro estaba en casa de Yoyo, el solidario, otro de sus compañeros. Asustado, se metió al clóset y se encerró, se tapó los oídos para no escuchar cada que el burro rebuznaba. Sabía que pronto estaría frente a la puerta de su casa. De repente, oyó el timbre de su casa, se quedó quieto y en silencio.

Después de un rato escuchó que su mamá lo buscaba:

—Tito, ya sé que estás en casa, vi tu mochila en la sala. Baja, por favor, vamos a comer.

Tito sabía que era un engaño para que saliera y el burro lo metiera en el costal para llevárselo. No podía creer que su propia madre quería entregarlo. Al ver que no bajaba, Cleo fue a buscarlo a su cuarto. De pronto escuchó un sollozo que salía del clóset, al abrirlo vio a Tito abrazado a sus piernas repitiendo:

—Mamá, mamá, te prometo que viviré con valores y seré honesto, pero que no me lleve el burro, por favor —doña Cleo sonrió y lo abrazó muy fuerte.



Lo que no sabía Tito era que el Señor Burro pasaba cada mes al pueblo, vendiendo tierra, macetas, plantas y abono para los jardines. Siempre lo hacía mientras los perritos estaban en la escuela, pero en esta ocasión se le hizo un poco tarde y tuvo que pasar cuando los pequeños regresaban de la escuela, es por eso que Tito nunca lo había visto.

Cuando Tito vio al Señor Burro frente a la puerta de Pepita y Yoyo, cargando los costales de tierra, imaginó que el contenido de cada costal eran sus compañeros y amigos de escuela.

Cleo le enseñó el enorme costal de tierra que ella compró para su jardín tranquilizando así a Tito. Cleo le ofreció una disculpa a su hijo por haberle mentido sobre el Señor Burro, pues ella sabía que con el ejemplo se aprende y que "si vivimos con valores, siempre seremos mejores". De esa manera, Tito aprendió a vivir con valores, a ser honesto.

Tito le ofreció una disculpa a doña Margarita y le devolvió la moneda, lo mismo hizo con Coco regresándole lo que tomó del estuche.

Todos felices, escucharon la historia de lo sucedido con el Señor Burro y la forma en la que Tito y su mamá aprendieron una gran lección de honestidad.

Aunque Cleo ya era adulta, aprendió también que no tenía que mentirle a Tito y que decir la verdad siempre será mejor pues ser honesto es un gran valor. Desde entonces, Tito fue llamado "Tito, el honesto".



PEQUEÑAS LETRAS  
**GRANDES  
HISTORIAS**

